

“El reino no es del rey sino de la comunidad”

(Martín de Azpilcueta, “Doctor navarrus”, 1528)

Directivos, Empresa y Sociedad

El sacerdote, teólogo y jurisconsulto de origen baztanés Martín de Azpilcueta, además de ser abogado defensor de Fray Bartolomé de Carranza, dio respuesta doctrinal a los numerosos interrogantes sobre “rentas y de los beneficios” y fue un firme defensor del origen democrático de todo poder político, planteando el camino hacia la democratización.

La cita de Azpilcueta nos puede introducir en la reflexión de la función y responsabilidad de empresarios y directivos, así como las relaciones empresa-sociedad.

Es indudable que la crisis económica, social y política de 2008 convulsionó la visión neoliberal de la economía. La política económica de austeridad impuesta por los países del norte de Europa profundizó las desigualdades entre países y hundió en la pobreza grandes grupos humanos y afloraron por primera vez los trabajadores-pobres, con un puesto de trabajo, pero sin poder alcanzar niveles de vida mínimamente aceptables.

Son 4.5 millones de personas las que viven en condiciones de pobreza severa en España y 120.000 personas en Euskadi. La crisis de la Covid-19 con el aumento de los parados, mayor precarización de los trabajadores, pobreza energética, el aumento de la pobreza infantil, han afectado severamente a la mayoría de los hogares.

Las desigualdades siguen creciendo. Cerca de medio millón de ciudadanos vascos afrontan esta crisis desde el riesgo de pobreza severa o ya forman parte de esta población.

No podemos mirar a otro lado. No es aceptable el paradigma de la empresa privada capitalista, que de Marco Polo a Bill Gates, persigue el bienestar y la riqueza de sus accionistas, lo que sigue generando más daños colaterales: desigualdad, pobreza, especulación financiera...

La empresa no es el espacio vital de los empresarios o sus directivos. Es el espacio vital de muchos protagonistas: trabajadores, clientes, proveedores, directivos y accionistas. Todos son “alguien” Es un espacio común con vida propia.

Los discursos de cooperación, solidaridad y responsabilidad social que hoy escuchamos en el ámbito empresarial no trascienden los ajustes coyunturales.

Arizmendiarieta nos identifica el objetivo del nuevo paradigma de empresa:

“Cuando la empresa se concibe y se administra como una auténtica comunidad de trabajo con la correspondiente solidaridad en sus resultados, el trabajo se hace aceptable, ya que lo más penoso y molesto no es propiamente trabajar, sino hacerlo para provecho ajeno”
(Cooperación mayo 1961)

Y justo un año más tarde, hace ahora 59 años, escribía:

“La empresa, cuando efectivamente es una comunidad de hombres, entraña nada más que ventajas para todos. Por eso creemos que a medida que vayamos a la realidad del predominio colectivo de la sensatez, de la colaboración y de la solidaridad, deberemos ir considerando insostenibles otras estructuras empresariales, ya que para hombres con un mínimo de dignidad y sensibilidad social no responden al actual concepto de bienestar o progreso social y menos a un concepto cristiano del trabajo o del capital” (Cooperación mayo 1962)

Su posición es inequívoca y marca el camino para cuantos asumen alguna responsabilidad de gestión en la empresa:

“La palanca más poderosa que pueden y deben utilizar los promotores, los empresarios, las clases dirigentes para que ejerzan su función con la debida nobleza es su ascendiente moral, uno de cuyos soportes es el sentimiento de solidaridad, la confianza que otorgan a los demás y la eficacia que acusa su actividad” (Cooperación, junio 1964)

Necesitamos avanzar hacia una cultura empresarial de consenso de todos los protagonistas de la empresa y orientarla a la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas de todos los miembros de una sociedad.

Es evidente que cada uno de los ciudadanos, trabajadores, directivos o accionistas, fijamos nuestros objetivos del mismo modo, pero el escenario deplorable que hemos creado está ahí. Necesitamos un orden de valores, una libertad y responsabilidad para utilidad de todos y cada uno. Hablamos de solidaridad, resiliencia....

El modelo que nos propone Arizmendiarieta es palmario:

“Queremos sociedades ricas, no personas ricas”